



Lectio divina. D. V de Pascua

JUAN 15, 18. En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador. A todo sarmiento mío que no da fruto lo arranca, y a todo el que da fruto lo poda, para que dé más fruto. Vosotros ya estáis limpios por las palabras que os he hablado; permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ése da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada. Al que no permanece en mí lo tiran fuera, como el sarmiento, y se seca; luego los recogen y los echan al fuego, y arden. Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis lo que deseáis, y se realizará. Con esto recibe gloria mi Padre, con que deis fruto abundante; así seréis discípulos míos».

Palabra del Señor

La imagen de la vid y los sarmientos está muy presente en las Escrituras de Israel, donde encontramos con frecuencia a Dios como viñador y el pueblo como viña. En Juan, Dios Padre es el viñador, Jesús es la vid y los discípulos son los sarmientos. El símbolo es utilizado por el evangelio para expresar, en primer lugar, un aspecto clave de la vida del seguidor de Jesús: su relación estrecha con él. Tiene también, sin embargo, una vertiente comunitaria, ya que expresa al mismo tiempo un rasgo central de la vida de la comunidad: la ausencia de diferencias entre los creyentes. Todos los miembros de la comunidad (los sarmientos) forman, junto a Jesús, la vid. Con otras palabras, todos juntos, y en virtud de dicha unión (tanto entre los creyentes entre sí como entre estos y Jesús) dan origen a la propia vid, ya que en realidad los sarmientos son algo inseparable de ella. A los sarmientos (los discípulos) les caracteriza principalmente su relación estrecha con Jesús. Deben permanecer unidos a él para dar fruto. De hecho, es significativo que el único imperativo del texto sea el que alude a esta unión, y no a dar fruto. La ética comunitaria aparece no tanto como una norma a cumplir sino como consecuencia del vínculo personal con Jesús, quien es en realidad el que transforma.

Meditatio

El evangelio de este domingo no es ninguna escena narrativa sino un discurso de Jesús acerca de su identidad y el modo en cómo debe ser la relación con Él para todos aquellos que le quieran seguir. En el evangelio de Juan encontramos estas frases «Yo soy» en repetidas ocasiones, en este caso Jesús se compara con la vid verdadera. Su Padre Dios es el labrador que generosamente riega y cuida la viña. Nosotros, los sarmientos unidos a la Vida, que es Jesús.

En este lenguaje alegórico conviene identificar pronto los ejes principales del discurso. Podrían ser estos: permanecer fuertemente unidos a Jesús tendrá como una de sus consecuencias dar fruto abundante; por el contrario no estar unidos a Jesús nos incapacitará para dar buen fruto; y por último, y de nuevo en positivo, ese buen fruto que daremos si estamos unidos a Jesús servirá para dar gloria a Dios Padre, el generoso labrador.

Podríamos decir que resultado de esta unión con Jesús es ese «fruto abundante» que detalla el evangelio. Nunca nuestras buenas obras debieran servir para nuestro engrandecimiento personal, o para creer que somos las mejores personas. Y quizá esta sea una tentación que nos es muy familiar, porque cuando hacemos una obra buena quizá estemos esperando un aplauso y sin embargo no sería lo correcto. Lo correcto, imitando a Jesús, sería ofrecer todas nuestras buenas obras al buen Labrador que es Dios.

Oratio

En la resurrección de Cristo Tú nos has dado, Padre, una nueva vida de hijos y hermanos. Que vivamos siempre unidos a Él como los sarmientos a la vid, viviendo de su savia.

Contemplatio

Lee y repite con frecuencia:

“Con esto recibe gloria mi Padre, con que deis fruto abundante; así seréis discípulos míos”.

